

III.  
CERCA DEL BRAVO  
(Capítulo VI.)

En las páginas 67 y 84 se habla de la captura del teniente Thornton y su destacamento de dragones por alguno de los destacamentos de Arista. A este suceso se quiso dar en los Estados Unidos la significación de primer ataque de parte nuestra á fuerzas suyas, y fué alegado para obtener del congreso la declaración del estado de guerra. A tal respecto se nos ha comunicado la siguiente nota:

"Lo relativo á Thornton requeriría un largo comentario. Los americanos no querían comenzar las hostilidades; pero andaban provocándolas con partidas sueltas. Una de éstas, al mando de Thornton, se encontró con unos exploradores mexicanos: Thornton creyó, ó fingió creer, que lo iban á atacar, y cargó sobre ellos antes de que los nuestros dispararan un sólo tiro: entonces apareció mayor fuerza mexicana, y el destacamento enemigo se halló envuelto y quedó prisionero. El parte de Thornton no fué publicado sino un año después de comenzada la guerra, por convenir así á la política de los Estados Unidos."

Thornton pereció en Agosto de 1847, durante el reconocimiento de las fortificaciones nues-

tras de la hacienda de San Antonio en el Valle de México.

IV.

MONTERREY DE NUEVO-LEON.

(Capítulo VII.)

En la página 117 se dió el nombre de "riachuelo de San Juan de Monterrey" al que pasa por los suburbios de la ciudad. Un apreciable corresponsal me dice á tal respecto: "No he podido averiguar que el torrente seco de esta ciudad se haya llamado nunca "río de San Juan," aunque es uno de los que forman (cuando tiene agua) el río de ese nombre."

Se ha visto en la reseña del asedio de Monterrey, que los dos hechos de armas de mayor importancia, y en que mejor quedaron nuestras tropas, fueron la defensa del reducto de la Tenería y el combate del puente de la Purísima.

En el expresado reducto se hallaba el teniente de artillería (hoy coronel) D. Manuel Balbontin; y en su obra "La invasión americana," recientemente publicada, y de que he hablado ya con el debido elogio, hay muy cu-



riosos pormenores acerca de la estructura del reducto, del modo con que fué defendido y de lo que causó su pérdida.

El fortín de Tenería se estaba ya demoliendo, cuando el oficial de ingenieros D. Luis Robles demostró á Ampudia la necesidad de reconstruirle, y se procedió á ello por su misma guarnición el 20 de Septiembre en la noche. Al amanecer el 21, aunque los parapetos estaban casi concluidos, el foso no tenía la anchura ni la profundidad necesarias: las escarpas tenían escalones que facilitaban su descenso y escalamiento; y sobre las plataformas para la artillería, colocada á barbata, no se habían puesto esplanadas de madera. "La capital de la obra se inclinaba de N. E. á S. O.: la cara y flanco de la derecha estaban protegidos por la casa de la Tenería y por el río de San Juan. La cara y flanco de la izquierda miraban á la campaña, hacia el rumbo que traía el enemigo.... El trazo del fortín era una luneta; pero en uno de los flancos se había construido una pequeña cara, como para ocultar un poco la gola que quedaba descubierta." Esta se apoyaba en una arboleda con algunos jacales en el camino que conducía al puente de la Purísima: ni esta base fué sólidamente ocupada, ni se habían limpiado de árboles, etc., las avenidas del frente.

Componían la guarnición del reducto 200 hombres de los batallones 2o. Ligero y Querétaro, repartidos en dicho punto y la casa de la Tenería, que quedaba á la espalda. La artillería constaba de una pieza de á 8, una de á

4 y un obusito de montaña sin artilleros. Mandaba el punto el coronel del 2o. Ligero D. José María Carrasco, y la artillería el jefe de división D. Juan Espejo. En los momentos del primer ataque, llegó allí un refuerzo de 150 hombres del 3o. Ligero con el teniente coronel D. Joaquín Castro, y un cañón de á 8 con el subteniente de artillería D. Agustín Espinosa, repartiéndose dicho refuerzo en el fortín y la azotea de la Tenería.

Terrible fué el primer ataque, llegando el enemigo á tiro de pistola hasta la contraescarpa, y penetrando en parte á la arboleda posterior, con lo que descubría por la gola el interior de la obra y hería á algunos defensores por la espalda. Retrocedió, sin embargo, esta primera columna, y otra, apoyada con artillería, vino á restablecer el ataque. A causa de la aparición de una masa de caballería salida de la plaza por el rumbo de la Ciudadela, se retiraron repentinamente las fuerzas asaltantes; pero, no habiendo cargado sobre ellas sino unos 50 jinetes del 3o. con el teniente D. Joaquín Miramón, obligados á retirarse, el enemigo pudo organizar su tercero y último ataque al reducto. La guarnición de éste se hallaba muy fatigada: los fusiles ardían; la pieza de Espinosa á cada disparo redaba hasta el fondo del fortín, y había que subirla y volverla á poner en batería, á lo cual ayudaba personalmente Colombres: la pieza de á 8 de Domínguez hacía fuego con suma dificultad, porque, colocada á barbata en el ángulo saliente, los artilleros quedaban entera-



mente á descubierto y eran cazados desde el foso; siendo de manta los sacos de tierra del parapeto, se habían incendiado con el fuego de las cazoletas de los fusiles, y la tropa no podía acercarse á ellos para disparar: se habían quemado varios artilleros al llevar repuesto de municiones, y quedaban fuera de combate Domínguez y los soldados que servían la pieza de á 8. Aunque el enemigo fué recibido en este ataque con igual brío que en los anteriores, no había parque ni agua, y faltaban brazos. "Ya no quedaban—dice Balbontín—haciendo la defensa más que los oficiales. En esto el fuego del enemigo aumentaba, mientras el nuestro disminuía notablemente, y los soldados comenzaban á separarse del parapeto. El capitán del 3o. Ligero D. Domingo Nava reunió unos 40 hombres y se dirigió con ellos hacia la gola, aregándolos para cargar á la bayoneta; lo cual, visto por los soldados que quedaban en los parapetos, se precipitaron también en dirección de la gola. En vano pretendieron los oficiales contenerlos, y los que se detenían, poniendo armas al hombro y mostrando las cartucheras vacías, exclamaban invariablemente: "Mi jefe, que nos den parque, y nos batiremos." Cuando pasó aquella avalancha, solamente quedaron en el fortín cinco individuos, á saber: el teniente de ingenieros D. Joaquín Colombres, el subteniente de artillería D. Agustín Espinosa, un oficial de infantería llamado Castelán, un soldado del 3o. Ligero, y el que suscribe. En la azótea de la casa de la Tenería quedaban el capitán del

Ligero D. Juan Servín, el teniente del mismo cuerpo D. Ignacio Solache, el subteniente del batallón de Querétaro D. Guillermo Modina y algunos soldados.

"Momentos después del abandono del fortín, observando los americanos que el parapeto se hallaba desguarnecido, lanzaron tres "hurras" y asaltaron la obra. El primer grupo que subió sobre el parapeto, lo verificó por el ángulo saliente; colocó una bandera azul con el águila y las estrellas americanas, y disparó algunos tiros, uno de los cuales hirió á Castelán. Otros disparos sobre la casa de la Tenería causaron la muerte del joven y valiente capitán D. Juan Servín. El enemigo se hizo dueño de toda la artillería, de poco armamento, y tomó tres oficiales y unos 30 soldados y arrieros prisioneros."

Se ve por lo extractado y copiado, que la causa inmediata de la pérdida del reducto de la Tenería fué el agotamiento de municiones.

El teniente Balbontín fué llevado con los demás prisioneros al campamento en el bosque de Santo Domingo, donde los oficiales fueron bien tratados por Taylor; y asegura que este jefe estuvo á punto de levantar el campo y retirarse con sus fuerzas poco antes de que tuviera efecto la capitulación de Monterrey.



## LA ANGOSTURA.

(Capítulo/IX.)

Según la obra del coronel Balbontín, la brigada de caballería de Miñón constaba de 1,200 hombres.—Al desembocar Santa-Anna frente á la Angostura con sólo las fuerzas ligeras, pudo haber sido fácilmente atacado y derrotado por Taylor; y acaso para evitarlo ganando tiempo, hizo que el general Vanderlinden llevara al jefe enemigo la intimación de que se rindiera. En los combates del 22 se distinguió el capitán D. Luis G. Osollo. Describiendo Balbontín el campo de batalla, dice: "En la cadena de montañas de la izquierda hay dos gargantas... las cuales podían facilitar el paso á tropas que, pasando por detrás de los cerros, fueran á caer inopinadamente sobre el flanco ó á la espalda de uno de los combatientes. Pero ni el general Santa-Anna ni el general Taylor pensaron en esta operación, que podía haber sido decisiva." Cree el mismo escritor que los cañones del enemigo podían ascender á 26; que el ejército norte-americano debe haber presentado en batalla, cuando menos, de 7 á 8,000 hombres, con 20 piezas de artillería; y que las fuerzas de Santa-Anna, después de separados Miñón y su brigada de cabañería, no han debido exceder de 12,848 hombres, supo-

niendo que no haya habido deserción del 19 al 21 de Febrero. Conceptúa casi inútiles á la caballería y la artillería de sitio. El primer cañón quitado al enemigo resultó ser una de las piezas nuestras perdidas en Monterrey. Hablando de la primera carga dada en la llanura al enemigo el día 23, dice: "En esta carga nuestros soldados se manifestaron impacables, hiriendo con las bayonetas á cuantos alcanzaron. En vano muchos americanos, arrojando el arma, mostraban á los nuestros los rosarios de que iban provistos, gritando que eran cristianos. Solamente debido á la eficaz intervención de los oficiales, se pudieron salvar algunos, que, dejados á retaguardia sin escolta, lograron escapar y volver á su campo." Da estos pormenores acerca de la muerte de Luyando: "El comandante de escuadrón del regimiento de Húsares D. Juan Luyando, iba á pasar con la lanza á un riflero; pero, poniendo éste rodilla en tierra demandando gracia, Luyando lo dejó y pasó adelante. El riflero se levantó en el acto, y apuntando á aquel á quien debía la vida, lo derribó del caballo, atravesándolo con una bala. La muerte del comandante fué en el momento vengada por sus soldados." El mismo historiador menciona el acto atrevido del antiguo insurgente Villarreal, que se adelantó sólo á caballo y penetró en las líneas enemigas queriendo lazar á alguno de los soldados de Taylor, y retirándose ileso entre una lluvia de balas; elogia la conducta del coronel Carrasco, que se puso á la cabeza del 2o. Ligero al perecer su coman-



dante accidental D. Julián de los Ríos, y habla del momento crítico de la batalla en estos términos:

"No se puede negar que los americanos combatieron brillantemente, ni que su general maniobró con habilidad; pero, á pesar de sus esfuerzos, tenían perdida la batalla desde el momento en que nuestras tropas desbordaron la izquierda de sus líneas. Sin las faltas cometidas por nuestros Generales, sin la carencia de dirección que se notó desde aquel momento crítico, la posición del ejército americano era insostenible. Así, sin duda, lo juzgó el general Taylor, comenzando á preparar su retirada por el camino de Saltillo. Probablemente era su designio irse retirando por escalones, para cuyo efecto se presta admirablemente el terreno, y procurar así, ganar la ciudad de Monterrey. Si aquella retirada se hubiera verificado, enorgullecidas nuestras tropas, habrían cargado con mayor brío: la caballería, aprovechando los lugares escarpados, no hubiera dejado reposo al enemigo; y éste se hubiese visto obligado á dejar en el campo una parte de su material de guerra: esto es, si antes de llegar á Monterrey no quedaba terminada su completa derrota. Por desgracia, nada de esto sucedió. La columna de carros que inició la retirada, sin duda tuvo noticia de la presencia del general Miñón. No pudiendo seguir adelante ni esperar tropas que la protegieran, por hallarse todas empeñadas en la batalla, no tuvo más remedio que retroceder y formar un reducto con los carros en la hacienda de Buena-

vista para aumentar la resistencia. La polvareda y el gran movimiento de aquella columna de carros que llegaba al trote, por el camino del Saltillo, hizo creer al principio que los americanos recibían refuerzos: luego, aplicando los anteojos y tomando noticias, se supo lo que realmente acontecía.

"El general Taylor estaba, pues, sin retirada, encerrado en una garganta cuyas salidas ocupaba el ejército mexicano. Pero el enemigo tenía víveres, mientras nosotros no contábamos siquiera con una ración por plaza. Ni aun los oficiales tenían con qué alimentarse. Por consiguiente, no había esperanza de obligar á Taylor á rendirse por hambre. Era indispensable destruirlo con las armas. Así, pues, la combinación de colocar la columna de caballería del general Miñón á retaguardia del enemigo, salió contraproducente. La máxima de "á enemigo que huye, puente de plata," hubiera sido conveniente observarla en esta vez. Por lo demás, el general Miñón no tomó parte en la batalla."

\* \* \*

Entre los oficiales nuestros heridos en la Angostura, se halló el capitán de infantería D. Joaquín Villavicencio, que aún vive, y cuya reputación de valor es general en nuestro ejército. Dicho oficial recibió un balazo en la frente, y, con la herida aún abierta y sosteniéndole una venda la curación, quiso seguir prestando sus servicios é hizo así la campaña de



Valle de México. En la acción de Padierna era capitán del 30. Ligero, y con este cuerpo y á las órdenes del general Echeagaray, fué destacado de las fuerzas de observación de Santa-Anna hacia el pueblo de San Gerónimo, á practicar un reconocimiento, según se expresa en el capítulo relativo á aquel hecho de armas.

## VI.

## GOLFO DE MEXICO.

(Capítulo XII.)

En este capítulo se habla varias veces del comodoro "Connor." Así le llama Ripley; pero en algunos documentos y relaciones del país vecino se le designa con el nombre de "Conner."

## VII

## VERACRUZ.

(Capítulo XVI.)

La orden textual dada al jefe de la escuadra norte-americana en el Golfo para que permitiese la entrada del general Santa-Anna á la República, fué ésta:

"Commodore: If Santa-Anna endeavors to enter the Mexican ports, you will allow him to pass freely.

Respectfully yours

GEORGE BANCROFT.

Commodore David Conner  
Commanding Home Squadron."

## VIII

## DESPUES DE CERRO-GORDO.

(Capítulo XIX.)

Al hablar del manifiesto de Scott en Jalapa, dije que un notable escritor ha hecho notar que la frase sacramental "América para los americanos" no tiene otra significación directa y genuina que la de "América para los Estados Unidos." El escritor á quien me referí, es D. Justo Sierra.



## IX.

## JALAPA.

## (Capítulo XX.)

Con relación á lo que en este capítulo dije acerca de la organización del ejército invasor y de la superioridad de su caballería, me parece conveniente insertar aquí estas líneas de la obra de Waddy Thompson "Recollections of Mexico:"

"Creo que los hombres mexicanos no tienen mucha más fuerza que nuestras mujeres. Son, por lo común, de diminuta estatura, y enteramente carecen del hábito del trabajo ó de un ejercicio físico cualquiera. ¡Qué terrible desigualdad debe haber entre un cuerpo de caballería americana é igual número de mexicanos!"

El barón de Grone, oficial alemán á quien ya he citado, hacía en Noviembre de 1,847 las siguientes observaciones acerca del ejército norte-americano:

"Los ejercicios de los americanos son, en su mayor parte, los de los franceses. Comparados con los nuestros, observé sólo una discrepancia que me pareció muy práctica; y, en cambio, muchas amplificaciones y pedanterías. En lo general, eché menos el porte y el ardor de nuestra tropa. A muchos oficiales y soldados parecía una vejación sin objeto hacer

el cansado ejercicio después de tantas victorias. Las compañías que al comenzar la campaña tenían una fuerza de 86 soldados, estaban muy mermadas, y algunas no contaban ya más de 18. La artillería fué lo que más me gustó; después, la infantería. La caballería tiene buenos caballos; pero monta mal, y tampoco es diestra en el uso de la arma blanca. Siendo generalmente sabido que los franceses son malos jinetes, extraño es que los americanos hayan adoptado para su caballería las reglas de la de Francia."

\* \*

No estoy enteramente cierto de que la expedición de Perote á Coatepec de que hablo en la página 474, haya sido hecha por la caballería de Walker; pero no me cabe duda de que los expedicionarios eran de las fuerzas del coronel Wynkoop, á que el citado Walker y sus dragones pertenecían.

\* \*

Acerca de la llegada del convoy de Lally á Jalapa, dice el barón de Grone que esta ciudad se hallaba en poder de fuerzas mexicanas; que ejercía allí algún mando ó autoridad D. José Núñez Villavicencio, quien quiso arrestar á Grone que se había adelantado á las tropas de Lally; y que no debió el mismo Grone su libertad sino á la intervención del Dr.



Mata. El repetido escritor dice también que el mayor Lally traía consigo 72 carros.

\* \* \*

Al combate habido en la Hoya el 20 de Junio de 1847 y de que se habla en las páginas 487 y 488, concurren fuerzas de Misantla al mando de D. José Núñez Ortega. Derrotados allí los mexicanos, el expresado Núñez regresó á Misantla, y trataba de levantar nuevas tropas con que volver al campo contra los invasores, cuando algunos cabecillas de la raza indígena sublevaron al pueblo contra él, le asediaron durante dos días en una iglesia en que con doce compañeros suyos se había refugiado, y, al fin, lo mataron, y arrastraron su cadáver; sin que de las personas que le acompañaban lograra salvarse sino un tal Mesa. De este suceso se derivó allí la guerra de castas, en consonancia con la de la Huasteca.

## X.

### CONTRAGUERRILLA DE PUEBLA.

(Capítulo XXI.)

Aunque se dijo que un tal Domínguez mandaba esta fuerza, parece que temporalmente fué jefe de ella Pedro Arias. La contraguerrilla se componía de unos 400 hombres, y

tenía por nombre entre los invasores el de "Spy Company," Compañía de Espías. Acerca de tales entes decía Scott, en carta dirigida de Puebla á Jalapa al coronel Childs:

"Me han proporcionado los más exactos informes sobre los movimientos del enemigo y los planes de los paisanos: por conducto de ellos pude aprehender á varios militares y paisanos en las reuniones nocturnas que tenían con objeto de sublevar al populacho. La compañía de espías ha peleado con valor, y está tan comprometida, que tendrá que salir del país cuando se retire nuestro ejército."

## XI

### PADIERNA.

(Capítulo XXIV.)

El coronel Balbontin, en su obra ya citada, habla de la posición en estos términos:

La posición de Padierna tal vez hubiese sido buena teniendo los flancos bien apoyados, el frente despejado, y la línea de retirada perpendicular al centro, ó, al menos, á una de las alas de la batalla que allí se estableciera. Pero ninguna de estas ventajas tenía. Colocada en un rincón, al S. O. del Valle, sus flancos quedaban descubiertos y el frente obstruido por los sembrados de maíz y por árboles, arbustos y rocas de lava, en la parte que lla-



man el Pedregal; todo lo cual podía ocultar perfectamente las operaciones del enemigo y favorecer sus ataques. La espalda quedaba cerrada por elevados montes, y la línea de retirada, hacia la izquierda, en la prolongación de frente de batalla, sobre un terreno accidentado; de suerte que si esta línea era cortada por el enemigo, como lo procuraría indudablemente, no había salvación posible en caso de derrota. Pero, además de los defectos de la posición, se incurrió en otros en el modo de ocuparla. En vez de extender la línea hasta Ansaldo, apoyando fuertemente el centro en el bosque de San Gerónimo, donde podían ocultarse parte de las fuerzas, el general Valencia formó en escuadra su artillería y colocó las tropas en varias líneas sobre las lomas de Padierna; de manera que al enemigo le era muy fácil ver, desde alguna altura, su disposición, valuar sus elementos y contar las tropas. El emplazamiento de la artillería era por demás defectuoso, pues en lugar de cruzar sus fuegos sobre el frente de la batalla para defenderla, hacía divergentes sus líneas de tiro y dispersaba sus proyectiles. Acaso la fuerza de que disponía el general no era bastante para ocupar una línea tan extensa como la propuesta; pero, en tal caso, parecía más conveniente abandonar Padierna, concretándose á defender las lomas de Ansaldo y el bosque de San Gerónimo, que presentaban mejores elementos con varios edificios que podían prolongar la resistencia, hasta la llegada de refuerzos que vendrían necesariamente por retaguardia;

y en caso de desgracia, las tropas hallarían modo de retirarse. Mas, al ocupar solamente las lomas rasas de Padierna, quedó libre el enemigo para cortar la línea de retirada ocupando el bosque de San Gerónimo, camino indicado para rodear nuestra posición y atacarla por retaguardia."

El mismo escritor habla de la lentitud y las dificultades con que tenían que ser manejados nuestros obuses de á 68 por lo deformes y pesados, y de lo lamentable de que se hubiera allí expuesto á perderse sin necesidad la poca artillería de sitio y plaza con que contábamos para la defensa de las fortificaciones de la capital, y que, en poder del enemigo, sirvió para atacarlas. Dice que la artillería que había en Padierna se perdió sin más excepción que una pieza de á 4 salvada por el subteniente D. Mariano Alvarez: que el subteniente del Fijo de México D. Manuel Rizo, que fué hecho prisionero, logró salvar la bandera de su cuerpo; y que en la madrugada del 20 el fuego del enemigo no pudo ser contestado por la infantería, á causa de que los fusiles y las municiones estaban inutilizados con la lluvia.

